

Escobedo previno al Mayor General Rocha que cargase sobre el flanco izquierdo de los imperialistas, y al General Diaz de Leon para que ordenase á Canales que cayese sobre el flanco derecho. Las órdenes se cumplieron exacta y simultáneamente, á tiempo que el General en Jefe con sus infanterías cargó por el frente de la batalla. Las embestidas fueron tan vigorosas y bruscas, que al enemigo le fué imposible contenerlas ni por un solo segundo, de manera que en un espacio de tiempo demasiado corto, se vió arrollado por todas partes: sus batallones, sedientos y cansados, se rendían á discrecion, y solamente algunos austriacos resistieron con una terquedad que les costó bien cara, porque todo esfuerzo habia llegado á ser inútil, y tanto, que el General Olvera apenas pudo ponerse en salvo llevando consigo unos cien ginetes, y algunos oficiales y gefes que para el escape pudieron contar con sus excelentes caballos.

Todo quedó en poder de Escobedo: once piezas de batalla dotadas con suficientes municiones; dos piezas de montaña con su parque, y entero el convoy que se habia creído marcharía en seguridad, librándolo á la guardia de tan numerosas fuerzas. El enemigo dejó sobre el campo mas de quinientos muertos, y entre ellos ciento sesenta extranjeros; cerca de mil doscientos prisioneros, entre los cuales tambien se contaban ciento sesenta europeos. Esa enorme pérdida es un testimonio de lo encarnizado de la batalla, de la intrepidez de los republicanos y de su excelente organizacion, pues que pudieron con menor número derrotar en momentos á un enemigo superior en cantidad de hombres bien armados, mejor equipados, dirigidos por gefes diestros y bajo el estímulo de los soldados estranje-

ros, que tenían la presuncion de ser mejores que los soldados mexicanos, á quienes consideraban de menos valor, y menos susceptibles de disciplina.

Por aquellos dias, con el depravado fin de atenuar el desastre, de hacer odiosos á los republicanos y denegarles todo mérito, los periódicos imperialistas estamparon la negra calumnia de que el vencimiento se debió al auxilio de filibusteros de los Estados-Unidos, señalándoles proporciones inmensas.

Para fortuna y gloria de México, los republicanos no tenían en sus filas arriba de tres extranjeros, y como contraposicion infame, los traidores eran los que vergonzosamente mezclados con austriacos, y con dos compañías de surianos de los Estados-Unidos, pudieron comprender que sus falsedades groseras no podrian eclipsar por mucho tiempo el brillo de aquel espléndido triunfo.

En concepto de los imperialistas, era un excelente recurso para desprestigiar á la República y para hacer repugnantes á sus sostenedores, el silencio impuesto á la prensa para esclarecer la verdad, y achacarles esa liga con filibusteros de los Estados-Unidos, sin advertir que en proporcion de las calumnias, la República se levantaria con mas honor, el dia que á la faz del mando pudiese presentarse como hoy se presenta, no solo sin liga alguna de humillantes pactos con el extranjero, sino descargada de los mas leves compromisos. La República no debe á los Estados-Unidos ni una espada, ni un capsul que no haya comprado á gran costo, y esto, cuando restablecida la paz entre los confederados y los federales del Norte, quedó permitida la venta de armamentos.

Si el gobierno de la República vecina ha manifestado vehementes y constantes simpatías en favor de México, ha sido sin duda en interes propio, y por conservar la paz que debió temer se alterase en presencia de instituciones y formas de gobierno escóticas, á tiempo de que la escitacion de los Estados esclavonistas podia comprometer á los imperiales de México en una liga desastrosa.

Pero ademas, esa simpatía tenia otro fundamento, otro motivo mas digno y decoroso para México. Es evidente que si los Estados-Unidos hubiesen visto á la República Mexicana ceder y humillarse á los estraños que intentaron sojuzgarla, le habrian dado por todo apoyo un merecido desprecio; pero por fortuna, el gabinete de Washington ha dicho esplicitamente y con toda verdad, «que no podia menos de mantener sus legítimas simpatías en favor del pueblo generoso, que con tan heróicos sacrificios luchaba para salvar su independenciam.»

Esta simple manifestacion espontáneamente dirigida á la Francia por un gobierno neutral demasiado fuerte, basta para glorificar al país de Hidalgo, de Guerrero y de Zaragoza.

Hoy que la prensa en México es libre, estamos ciertos de que los escritores procaces tan empeñados en manchar el nombre de sus propios compatriotas, y enaltecer á las gentes de Europa en fuerza de adulacion y deshonor, no osarán empuñar la pluma para sostener aquel cúmulo de imposturas, ni una sola siquiera de las que tan eficazmente han servido, para que allende los mares se esté considerando á México en estos mismos momentos como una region maldita en que solo caben foragidos y traidores y asesinos estúpidos.

La magnífica victoria obtenida en el punto de Santa Gertrudis, dió á Escobedo y á sus soldados un laurel inmarcesible que reafirmó su justa y merecida fama. Pero no dejó de ser caro el triunfo, porque allí perdió la patria cien de sus bravos defensores, y muchos heridos, pues que de ambos contendientes se levantaron del campo unos trescientos.

La primera columna de los vencedores, se destinó al trabajo de recojer esos heridos, de enterrar los cadáveres y de conducir á los prisioneros á Camargo, en cuya poblacion, lo mismo que en los demas puntos á que despues fueron pasando, recibieron el mejor trato, y grandes testimonios de humanidad, que mucho sirven para desmentir el falso concepto de que el General republicano sea ó haya sido alguna vez sanguinario, y enemigo de los estrañeros. De los aprehendidos en Santa Gertrudis, muchos fueron puestos en libertad, y cangeados otros de los de categoria, en los momentos de haber ya desaparecido el soñado imperio de Maximiliano.

Destruida la division de Olvera, fué preciso volver sobre Jeanningros; pero no pudiendo Escobedo hacerlo con toda su fuerza, por razon del cuidado que merecia el gran convoy que habia caido en su poder y por el trabajo que exigia el establecimiento de los hospitales, la refundicion de los prisioneros mexicanos, y el abastecimiento de las provedurias; dividió la fuerza en dos divisiones, una de infantería que puso bajo el mando del general Rocha, y otra de caballería á las órdenes del general Treviño, que en aquella jornada tanto se habia distinguido por su pericia y valor. Al mismo tiempo destacó una fuerza mandada por

el coronel Naranjo, para que prontamente marchase en auxilio de Martinez, que, como hemos visto, habia quedado amagando á los franceses, para ocultar el movimiento de Escobedo, y que ya con el refuerzo que se le enviaba, podria hostilizarlos con mejor éxito. Tras esta operacion y arreglado todo en el campo de Santa Gertrudis, el grueso del cuerpo de ejército fué á situarse á orillas de Camargo, tomando buenas posiciones para esperar al enemigo, caso de que avanzase. Por desgracia los franceses supieron la completa derrota que habia sufrido la division de Olvera, y la noticia introdujo en ellos tal desmoralizacion, que los puso en la necesidad de retroceder violentamente á Monterey, á donde llegaron hostilizados por las caballerías, pero sin que el grueso de nuestras tropas pudiese darles alcance.

Durante la permanencia del general Escobedo en aquellos lugares, los comerciantes dueños del convoy, acudieron á él para salvar sus mercancías, y las salvaron, con excepcion de aquellas que por pertenecer á traidores debian, segun la ley de secuestro, en rigor y de entera conformidad con los usos establecidos aun en las naciones mas cultas, quedar como botin de guerra en manos de Escobedo y sus soldados. Pero no sucedió así, debido á un sentimiento de providad y á los instintos generosos del demócrata general, que solo exigió á los dueños los dobles derechos que en justicia debian satisfacer al erario de la República. Estos los recibió en dinero y en efectos, y de la parte que del convoy quedaba como verdadero botin, la dividió por mitad con las fuerzas del estado de Tamaulipas, que con su valor y obediencia habian cooperado á la victoria.

Los recursos que el convoy proporcionaba sirvieron para equipar medianamente por la primera vez á las desnudas tropas, para montar los hospitales de sangre con cuanto les era necesario y para la compra de armas y municiones, tan precisas en momentos en que el destrozo del enemigo levantaba aun mas el espíritu de la frontera, que, con mejores elementos, podria desalojar para siempre de su extenso territorio á los franceses y á los traidores.

Pero si los resultados del triunfo eran cuantiosos bajo ese punto de vista, todavia fueron mucho mas trascendentales para todo el llamado imperio. Una victoria mas ó menos podia estimarse como insignificante, atendida la presencia del numeroso ejército francés, que aun se hallaba en posesion de alguna parte del territorio nacional y en aptitud de desquitarse de un revés cualquiera. A pesar de esto el golpe de Santa Gertrudis era mortal, no por la pérdida de hombres y dinero, sino por aquel acto de justificacion que vino á poner de relieve la falsedad con que los acérrimos imperialistas habian introducido la desconfianza, sosteniendo con falaz empeño que los republicanos eran bandidos; que eran destructores de toda propiedad; que eran incapaces de ofrecer una sola garantía de seguridad y de paz.

Si de buena fé algunos candorosos apoyaban al imperio por el único temor de que sus intereses fuesen destruidos, el acto de Escobedo en Santa Gertrudis los sacó de un error tan lamentable; y esto fué lo que los franceses consideraron como el principio de la época en que debia terminar su monstruosa y pasajera dominacion.

Era la verdad. El pais habia salido de aquella primera

crisis en que reducido á sostener la contienda por el solo medio de las guerrillas, bastante para fraccionar la fuerza enemiga, cansarla y hacerle imposible todo plan por hábil que fuese; pero dispendioso y repugnante por la falta de disciplina, y por que los guerrilleros tenian que vivir sin regla fija sobre el mismo pais, sus campeones dotados de esperiencia, y rehechos en fuerza de voluntad y á costa de indecibles trabajos y sacrificios, lejos de ser un amago para la propiedad y un objeto de terror para los pueblos, traian la bandera de la República como enseña protectora de las garantías individuales. Magestuosamente desplegado el pabellon nacional, ofrecia de nuevo su sombra á los pueblos oprimidos por la intervencion, y los triunfos obtenidos por cuerpos de ejército contra cuerpos de ejército y por mexicanos libres contra soldados traidores, y franceses, y austriacos y belgas y americanos, abrian una nueva era que los generales de Napoleón, previendo que les seria fecunda en resultados tristes y propios para desvanecer sus mentidas glorias, no pensaron afrontarlas, y por esto, y mucho antes de que se publicase la resolucion de su amo, de retirarlos de México, comenzaron á ponerse á la defensiva únicamente.

Por mucho que para ello les sirviesen de pretexto las disidencias entre Maximiliano y Bazaine, no podrian negar, ni negarán, sino es mintiendo con el inaudito descaro que los caracteriza, que en la frontera de Tamaulipas, Nuevo-Leon y Coahuila, sus esfuerzos y su organizacion, no solo fueron inútiles sino que hicieron mas notables sus derrotas. Dificilmente esplicarán la ineficacia de su expedicion por los desiertos de Chihuahua, y los descalabros que allí sufrie-

ron. No se sabe como podrán ocultar los desastres que experimentaron en Sonora y Sinaloa, donde el jóven general Ramon Corona, sin mas elementos que su alma vigorosa y su temerario arrojo, les causó destrozos de que solo ellos podrán darse exacta cuenta, así como de la impotencia á que los redujo en el puerto de Mazatlan, donde por mucho tiempo tuvo encerrada á la guarnicion francesa. Ignoramos como presentarán en la historia militar su invasion á Tabasco, de donde fueron arrojados con ignominia; ni como referirán sus escursiones por la costa de Veraacruz, donde tuvieron siempre tan de cerca el cuartel general del impávido Alejandro García, de quien recibieron rudísimas lecciones de valor, y donde subsiste aun, tristemente indicado, el punto en que un destacamento entero sucumbió á los golpes de una guerrilla. Dificil es imaginar la relacion que el monstruoso Dupin, pueda hacer á sus paisanos de las infandas proezas que perpetuaron su nombre en Tamaulipas; pero estamos ciertos de que, con todo y la desvergüenza peculiar del bandido, callará los sustos y las zozobras, la fatiga y las pérdidas cuantiosas que le ocasionó el malogrado cuanto intrépido Mendez, quien al fin le hizo abandonar para siempre aquel Estado, víctima de Carrere y del mismo Dupin; es decir, víctima de una barbarie que no tiene ejemplo entre los caribes.

Sigamos el hilo de nuestra reseña. La célebre jornada de Santa Gertrudis poniendo á raya á los franceses, debilitó tanto por otra parte á los imperialistas, que el puerto de Matamoros no podian sostenerlo, apesar de hallarse al frente de aquella línea militar, D. Tomas Mejia, único que por su valor fué considerado por los franceses

capaz de mandar fuerzas numerosas, y aun de acatar alguna vez sus órdenes. Tal era la confianza que se tenía en ese hábil guerrero, á quien los imperialistas y el mismo Maximiliano estimaban como la mas firme columna de la monarquía. Sin embargo, era llegada la hora de su destruccion; así lo conoció Mejia, y al saber que los republicanos inevitablemente venian sobre Matamoros, ya no pensó resistir. Los dispersos de Olvera, para esplicar su derrota, dieron á los republicanos unas proporciones gigantescas, y tales, que la moral de los imperialistas cayó completamente.

Por aquellos días el gobierno, á tan larga distancia como se hallaba del teatro de los sucesos, deseoso de proveer á las necesidades de la guerra, tenia nombrado al General D. Antonio Carbajal, que á la sazón habia marchado á los Estados-Unidos en busca de dinero y de armas y que venia de regreso, Gobernador y Comandante Militar de Tamaulipas. Pero Mejia se daba tal prisa por salir de su difícil situacion que no tenia embarazo en capitular, salvándose á sí mismo, y al resto de su fuerza. Luego que esto se traslució, algunos gefes mexicanos residentes en Brownsville, violentaron una negociacion, que por estraña que fuese, puesto que no estaban autorizados para ello, los pondria desde luego en posesion del puerto, librándose así de ese único estorbo. Bien hubiera querido Mejia tratar con Escobedo, á quien tenia reservada estima por su probidad y honor, como lo prueba el hecho de haberlo nombrado mas tarde y poco antes de ser fusilado, tutor de su hijo. Pero Carbajal que habia llegado, y los gefes que habian emprendido la negociacion, temerosos de la rijidez de Es-

cobedo no querian darle participio en el asunto. Varias comisiones que salian de Matamoros á fin de entenderse con el héroe de Santa Gertrudis, fueron capciosamente detenidas, y Mejia obligado á firmar la capitulacion, que ratificada por Carbajal, no quiso aprobarla el Supremo Gobierno.

Esto no obstante, el mal quedaba hecho, porque Mejia salió en el acto, merced á los ausilios que le proporcionaron Carbajal y sus adictos, de manera que, al llegar Escobedo, no pudo hacer mas que un último arreglo con el comercio por el asunto del convoy y espeditar lo concerniente á la compra de armas, municiones y vestuario.

Siguiendo la regla que se habia trazado de respetar á las autoridades nombradas por el Gobierno, aunque tampoco fué de su agrado la capitulacion, y tenia facultades para remover y nombrar gobernadores, no quiso que se le atribuyesen ambiciones mezquinas, y como la mayor que tenia era la de vencer á los invasores y á los imperialistas, lo dejó todo á la resolucion del Presidente de la República y pasó al Estado de Nuevo-Leon, para dar nuevo orden al cuerpo de ejército del Norte. En tanto que esto pasaba los franceses y los traidores se habian retirado á San Luis Potosí, sin esperanza ya de hacer una reconquista y Escobedo pudo jugar en mayor escala todos los resortes del influjo que habia adquirido, para emprender mas en grande sus operaciones sobre el interior. Consideraba que la falta de elementos de guerra en otros Estados, era el grave obstáculo que se tenia para hostilizar á los desmoralizados invasores, y vencer á los imperiales, y por esta razon, apurando la economía en sus recursos, dió auxilios cuantiosísimos, atendidas sus circunstancias.

Sobre el Estado de San Luis, destacó á Treviño con dos mil quinientos hombres de las tres armas; y mil quinientos fusiles de mas para que aumentase su fuerza.

A Zacatecas envió al general Diaz de Leon con trescientos infantes y doscientos caballos, una seccion de artillería y trescientas armas sobrantes con su correspondiente parque.

A Durango mandó ochocientos hombres armados y equipados bajo las órdenes de Gonzalez Herrera.

A Chihuahua quinientos mas con sus respectivas municiones.

En Monterey, al gobernador de Aguascalientes, le dió trescientos fusiles y media batería.

El Estado de Nuevo Leon recibió mil fusiles, tambien con municiones y mil equipos.

A Tamaulipas envió vestuario y fusiles en número de setecientos, para los coroneles Gomez y Vargas; haciendo ademas un fuerte gasto en la conduccion y en el depósito en que por dos meses estuvieron dichas armas.

Al Estado de Coahuila entregó ochocientas armas, de las cuales el Estado no pagó mas que el transporte.

Poco despues, y con motivo de los sucesos que mas adelante se refieren, volvió á dar para el Estado de Tamaulipas mil doscientos hombres bien acondicionados, que llevó á Matamoros el honradísimo general Tapia, y un número igual que dejó á Berriozábal, con artillería y setecientos fusiles mas para la guardia nacional de Matamoros.

El Estado de San Luis hizo contrata de mil ochocientas armas que se habian detenido en Monterey, á causa de no haber podido hacer el pago de ellas; pero Escobedo dió su

responsiva, y pasaron inmediatamente, distribuyéndose algunas entre las fuerzas del Estado de Guanajuato y el de Michoacan. Al desprenderse por última vez de Matamoros sobre San Luis, el general Escobedo trajo un tren de ciento sesenta carros con mas de cuatro mil armas, parque, vestuarios, fornituras, mochilas, tiendas de campaña que por la primera vez abrigaban á nuestros soldados, y todo lo necesario para el equipo de un ejército; pues que solo en Monterey habia mandado construir diez mil uniformes de paño con sus correajes y demas avío; y otra igual cantidad de vestidos de lienzo, con objeto de que todas las fuerzas del cuartel general se proveyesen como jamas se ha visto.

Una vez llegado á San Luis, tambien envió al segundo Distrito del Estado de México trescientas armas, que no llegaron á su destino por haberse repartido en los pueblos de la Sierra.

Antes y desde la ocupacion de Matamoros, el Supremo Gobierno, que en Chihuahua y en paso del Norte tenia agotados sus últimos recursos, pudo ser atendido en algunas cantidades, hasta cerca de cuarenta y cinco mil pesos, que Escobedo economizó en medio de tan crecidos gastos como se necesitaban para poner al cuerpo de ejército del Norte en condiciones de hacer la campaña con entero provecho.